



Revista de Fomento Social, 49 (1994), 351-371

## Rehabilitar el desarrollo. Pero ¿qué desarrollo?

---

*Afortunadamente, la opinión pública se va sensibilizando a la problemática del subdesarrollo y a la actuación de las ONGD en el ámbito de la cooperación. Sucesos como la tragedia de Ruanda han tenido al menos un efecto beneficioso: aumentar esa conciencia tanto por la envergadura de la catástrofe como por su enorme impacto en los medios de comunicación, particularmente la televisión. En los debates sobre la propia noción de desarrollo, la "cooperación" ha sido a veces criticada porque se piensa que podría participar de lleno de las perversiones de ese mismo desarrollo; sin embargo, otras veces ha sido ensalzada porque la propia cooperación sería de alguna manera una especie de correctivo a las ambigüedades de esa noción. Cuando la cooperación es no gubernamental goza casi siempre de una simpatía automática con el argumen-*

---

André LINARD (\*)

---

(\*) El autor, profesor del Instituto Lumen Vitae y escritor belga, es un profundo conocedor de la cooperación internacional al desarrollo. Ha trabajado durante muchos años en Centroamérica para importantes ONGD belgas. Traducción del original francés de José J. Romero Rodríguez.

---

ESTUDIOS

---

*to siguiente: ¡no hay que desanimar a la buena voluntad! Sin embargo, también en este caso se plantean numerosas cuestiones. A veces, los responsables de las Organizaciones no gubernamentales de desarrollo (en adelante, ONGD) dan unos elementos de respuesta que deben no obstante ser inscritos en una reflexión más amplia, como la que el autor nos propone. Esta reflexión se va a realizar en dos etapas: primero, un análisis de las concepciones del desarrollo vigentes de hecho en el ambiente de las ONGD; en segundo lugar, en un texto que aparecerá en un número ulterior de nuestra revista, se trataría de enunciar los actuales desafíos a los que se enfrentan las propias ONGD.*

Hoy en día resulta de buen tono rechazar el mismo término de “desarrollo”. Y no faltan argumentos para ello; ante todo, la ausencia aparente de resultados.

“Si hoy día se interrumpiera la ayuda al desarrollo, salvo quizás para los niños de la Unicef y en algunos casos de urgencia, ningún africano moriría por ello”,

afirma Axelle Kabou, una intelectual camerunesa autora de un libro iconoclasta titulado: “¿Y si Africa rechazara el desarrollo?” (1).

Pero existen también argumentos de principio que impulsan a muchos a rechazar la propia idea de “desarrollo”. Unos lo hacen en nombre del origen occidental del término, de vocación ilegítimamente universalista.

“En la práctica, la palabra desarrollo es con frecuencia un eufemismo equivalente a occidentalización”, escribe Thierry Verhelst bajo el título “El desarrollo, un término a rechazar” (2).

“Mientras Africa no tenga en sus manos las cartas suficientes para negociar,

(1) KABOU, A. (1992), *Et si l'Afrique refusait le développement?* Editions L'Harmattan.

(2) VERHELST, T. (1987), *Des racines pour vivre*, Edit. Duculot, Louvain-la-Neuve, pp. 85-86; el autor es el animador de la “Red Culturas y Desarrollo” en Bruselas; véase también WILLAME, J.C. (1993), “Quand j'entends le mot développement”, *La Revue Nouvelle*, Bruxelles, septiembre.

le interesa rechazar el desarrollo y tomar una cierta distancia para mejor saltar... quizás para saltar no precisamente hacia el desarrollo”,

añadía el antropólogo cultural Michael Singleton, en un coloquio del ICHEC (Instituto católico de altos estudios comerciales de Bruselas).

Según otros, los mismos a veces, este rechazo se produce a causa del carácter economicista del concepto, que tiende a olvidar la dimensión cultural, primordial en las sociedades del sur (y del norte, por cierto).

O todavía más, por causa de las implicaciones políticas subyacentes. En efecto, si se admite que hay pobreza a causa de una distribución desigual de los recursos disponibles, ello conduce inevitablemente al terreno de la necesidad de otro orden de reparto de los haberes y del poder. Esta última razón -raramente explicitada- está ciertamente en los orígenes de la polémica “anti-tercermundista” de finales de los años 80 y del repliegue hacia las acciones humanitarias, evitando hábilmente el debate político. O bien del deslizamiento hacia la sola defensa de los derechos humanos (en los demás, generalmente...) que resulta insuficiente cuando deja de lado los grandes retos de sociedad:

*“Los derechos humanos como credo son una ideología política de salida de la política”*, escribe Régis Debray (3) quien, sin embargo, no consigue la unanimidad sobre este punto.

### **Torpe, incoherente, ineficaz**

Vale. Admitamos en este estadio de la reflexión que los términos “subdesarrollo” y “desarrollo” son ambiguos, si es que no son claramente perversos. Pero tras hacer esa afirmación, no se ha dicho todavía gran cosa. Borrar las palabras no conseguirá que desaparezca la realidad que esas palabras designan, quizás mal: la realidad de sociedades sometidas a tensiones internas y externas que les hacen evolucionar. Una realidad conocida: empobrecimiento; desigualdades Norte-Sur, Sur-Sur e internas a cada sociedad; lagunas de dimensión variable en el nivel de participación democrática...; se trata simplemente de constataciones. Mecanismos de dominación económicos, políticos,

(3) DEBRAY, R., “Les droits de l’homme: une fausse réponse”, en BETTATI, M. y KOUCHNER, B. (1987), *Le devoir d’ingérence*, Edit. Denoël, París, p. 63.

culturales; minorías privilegiadas que defienden sus intereses; relaciones de fuerzas internacionales e internas; concentración del poder...; otros tantos temas para el análisis de situaciones que es humanamente intolerable aceptar sin intentar transformarlas. Situaciones que interpelan la conciencia humana, incluso la del intelectual, de quien se espera generalmente un análisis frío y "objetivo". Una corriente de pensamiento afirma por otro lado que se juega en ello el interés bien entendido de los propios occidentales, dada la interdependencia económica mundial. A veces, con consecuencias inesperadas: así el programa de ciertos partidos europeos de extrema derecha incluye, bajo el título de "cooperación al desarrollo", un esfuerzo particular a favor de los países del Magreb, con el fin de hacer que la emigración carezca de atractivos.

Algunas tentativas están en marcha, algunos procesos están en curso para "cambiar algunas cosas" de manera voluntarista. ¿Esfuerzos torpes, incoherentes, poco eficaces? Quizás. ¿Orientados por los poderosos en función de intereses ocultos? Sin duda, en una gran medida. Estas iniciativas afirman querer transformar la realidad de la dominación en las sociedades del sur. Sus límites e imperfecciones impulsan a ciertos intelectuales a rechazarlo todo con el revés de la mano, dando paso al escepticismo, cuando no al cinismo, en vez de buscar pistas para abrir nuevos caminos. ¿En qué sentido? "En el sentido del desarrollo", se respondía hasta ahora, antes de que el término hubiera sido eliminado. ¿Cómo y por qué reemplazarlo? Eso importa poco, por el momento. Llamemos a estos procesos "X" o "pitufo"; sea cual sea la etiqueta, es el contenido lo que nos interesa.

Al principio, todo parecía simple.

"En 1960 se descubría la televisión y, a través de ella, las primeras imágenes directas de la miseria... Se pensaba que se iba a atacar el problema a fondo, acabando con él en algunos años, ..."

explica Bernard Holzer, ex-presidente de la CIDSE (4). En los cenáculos internacionales, desarrollo significaba industrialización, grandes infraestructuras

(4) "Cooperación Internacional para el Desarrollo y la Solidaridad", es la organización internacional de las llamadas "acciones de Cuaresma"; Manos Unidas es su representante española.

(carreteras, puertos, pantanos...), crecimiento económico. La explicación era: "el retraso de las sociedades tradicionales"; "modernizar" era la palabra clave de solución; la renta nacional por habitante, su termómetro; el Estado, el actor principal. ¿Cómo "cooperar"?: transfiriendo masivamente capitales, técnicas y personal desde el Norte hacia el Sur.

Las ONGD, cuyo número creció rápidamente, estaban inspiradas por esta misma concepción: se trataba de permitir a los pobres de este mundo, a los marginados del desarrollo, "recuperar el tren en marcha". Pasada la etapa de la ayuda humanitaria, la cooperativa se transformó en su modelo; la formación -técnica, se entiende- una prioridad; el envío de personal voluntario expatriado, un método corriente.

"En esta década, las ONGD que comienzan a desarrollarse de manera espectacular en toda Europa comparten con muchos analistas el discurso de la "recuperación", aquél según el cuál, entre el Norte y el Sur existían unos fosos que rellenar, debido únicamente a un retraso consecutivo y un despegue diferido del desarrollo del Sur. (...) Se consideraba el desarrollo como una creación y no como un proceso de evolución" (5).

Rostow y sus cinco etapas del crecimiento económico vigibalan entre bastidores...

Sin embargo, el entusiasmo duró poco. En los medios intelectuales, la teoría centro-periferia vino a demostrar que era vano enfocar el desarrollo a base de aportaciones exteriores, sin poner en cuestión los mecanismos internacionales que empobrecen a los países del Sur: el control del comercio por las empresas multinacionales, los intercambios desiguales, el endeudamiento, la dependencia política... La teoría del "retraso-modernización" no apareció desde entonces sino como una escayola sobre una pata de palo... Peor aún: al ocultar las verdaderas causas, estructurales, de la pobreza y de la dependencia de los países del Sur, contribuía a la permanencia de los propios mecanismos de dominación.

(5) ORTEGA CARPIO, M.L. (1992), "El desarrollo y las organizaciones no gubernamentales: el caso español", *Revista de Fomento Social*, Ed. ETEA, Córdoba, vol. 47, p. 449.

### Romper la dependencia

No eran los estudiosos los únicos que ponían en cuestión la “cooperación a base de transferencias” (de fondos, de personal, de técnicas). Las ONGD, que mantenían con frecuencia estrechos contactos con los “beneficiarios”, fueron percibiendo poco a poco la inutilidad de numerosos esfuerzos. Hicieron suya la teoría de la dependencia, sintiéndose reforzadas en sus convicciones por una serie de investigaciones teóricas (como las de Samir Amin o André Gunder Frank, por ejemplo), por la emergencia del “Tercer Mundo” organizado (la OPEP, la CNUCED...), por el clima que siguió a mayo de 1968 y por ciertas interpelaciones de orden moral: “*Nada cambiará aquí, entre nosotros si antes no cambia nada ahí, entre vosotros*”, declaraba por ejemplo Dom Helder Cámara.

El discurso se apoyaba esencialmente sobre el análisis de la dependencia económica y política. El subdesarrollo se debe, se decía, al imperialismo y a sus aliados internos en los países dependientes. La solución reside por tanto en la ruptura de la dependencia y en la toma del poder del Estado por los representantes de las clases populares: las élites revolucionarias creadoras de movimientos de liberación que pondrían en práctica unas políticas “anti-imperialistas”, de independencia económica. Ciertas ONGD estimaron que debían contribuir a este movimiento, en particular por medio de proyectos -humanitarios, unos, netamente políticos, otros- puestos en marcha por estos movimientos de liberación, ya sea que estuvieran todavía en la oposición, o que hubieran llegado al poder. Al mismo tiempo, estas ONGD, y otras, pusieron el acento sobre la acción de sus militantes en los países del Norte en contra de los orígenes de los mecanismos de dependencia. De ahí nacieron en particular, por ejemplo, las “tiendas del mundo” o “tiendas de la solidaridad”, u otras del mismo género, alternativas al comercio mundial.

Pues bien, en los años 80 se produce un descrédito relativo de la teoría de la dependencia ¿quizás por el carácter demasiado economicista de esta manera de ver? ¿Quizás por la pérdida de las ilusiones sobre la alternativa real que podían representar los movimientos de liberación en términos de democratización? ¿Quizás por las dificultades para implantar y mantener en un contexto hostil lo que los nicaragüenses han llamado “la lógica de las mayorías” en el terreno económico y social? ¿Será más bien la fiebre del neoliberalismo? ¿O el

descubrimiento de la heterogeneidad de ese falso conjunto llamado Tercer Mundo? Sin duda, la causa hay que buscarla en la conjunción de todos esos factores.

### Soluciones inútiles

Robert Montvalon escribe:

“Nuestras imágenes del desarrollo se han desintegrado porque eran simplistas. Hemos pretendido encerrar en algunos esquemas a este mundo que estaba en ebullición. Y los esquemas no funcionan” (6).

Eso no quiere decir que todo aquello fuera falso: a la teoría de la dependencia lo que le faltaba no eran los aciertos, sino más bien la amplitud.

Como escribe un autor del Sur (7):

“El ‘dependentismo’ tiene, pues, tendencia a aminorar, cuando no a minimizar, los segmentos sudistas del sistema, que no son simples correas de transmisión porque disponen de un mecanismo autónomo... La ‘dependencia’ es rentable para unas clases cada vez más numerosas de africanos (...) que sirven de correa de transmisión para la acumulación”.

En Francia, la fiebre anti-tercermundista fue la expresión más mediática y más radical del rechazo de esta concepción, rechazo que desembocó en “arrojar el bebé con el agua del baño”: la interpelación a la injusticia que representa -al mismo tiempo que una pista de solución- tendió a ser abandonada. Pero también en el propio seno de las ONGD se produjeron cuestionamientos más moderados y menos públicos.

De esta evolución nacieron cuatro corrientes:

Y, ante todo, la **“ola de lo humanitario”**. De lo humanitario “mediatizado”, se entiende, y encarnado de forma espectacular en las ONGD “sin fronteras”

(6) DE MONTVALON, R. (1991), en *Foi et développement*, nº 195, agosto-septiembre.

(7) KI-ZERBO, J. (1992), “Le développement clés en tête”, en *La natte des autres. Pour un développement endogène en Afrique*, CODESRIA, Dakar, p. 45.

(8). Su inspiración se resume bien en lo que nos decía Pierre Harzé, miembro de Médicos Sin Fronteras de Bélgica (9): *"La historia reciente demuestra que todo aquel discurso que pretendía avanzar soluciones ha dado muestras de su inutilidad y de sus errores"*.

De ahí a pensar que todo lo que no sea salvar vidas en caso de urgencia es inútil hay un margen que muchos, en la opinión pública, parecen haber franqueado. ¡Nada de grandes causas, queremos lo concreto, algo políticamente neutro! La "muerte de las ideologías" no está tan lejos; de hecho corre el peligro, fuerte peligro, de ser sin más "muerte de las ideas". El pragmatismo, por tanto, no sería sino una coartada para ocultar el rechazo (¿la incapacidad?) a todo debate que haga referencia a los proyectos mismos de sociedad.

Hoy día, añadía Bernard Holzer, el clima es más moroso, quizás porque nos damos cuenta de las causas muy profundas de los problemas. Pero esta decepción, a veces perceptible, ¿no es el reflejo de unas esperanzas desmesuradas? *"El fracaso del desarrollo es una especie de tarta a la crema que ha sustituido a la otra tarta, la del desarrollo prometido"*, escribe Robert de Montvalon (10).

### Adorable tradición

La segunda corriente ha buscado en el olvido de la dimensión cultural la explicación de la ausencia de resultados de los esfuerzos de desarrollo de los decenios precedentes. Se critica a las concepciones anteriores su carácter a la vez universalista y economicista. En último término, es el propio occidente quien es puesto en cuestión, lo que no puede resultar extraño cuando se sabe que numerosos defensores de la dimensión cultural son antiguos marxistas.

La insistencia sobre la cultura específica de las diferentes sociedades es el testimonio de un respeto hacia el otro, en su diferencia. Era oportuno sin duda atraer la atención sobre la imposición por parte de los poderosos de modelos en ruptura con las percepciones locales. Esta insistencia indica, sin embargo, entre

---

(8) Aquí nos contentaremos con señalar su existencia, sin entrar en los numerosos debates que provoca esta corriente. Para hacerse una idea, conviene leer -con una mirada crítica- el dossier "Ayuda de urgencia" de Défis-Sud, revista de SOS-Faim (Bruselas), marzo-abril 1993.

(9) *La Cité* (Bruselas), 11 de febrero de 1993.

(10) DE MONTVALON, R. (1991), op. cit.

líneas, también una ilusión: la intocabilidad y la neutralidad de la cultura de una sociedad dada. Habría como un núcleo duro, que deberían guardarse muy mucho de tocar los "desarrolladores" -los "desarrollo-mentirosos", según las malas lenguas (11)-. Ahora bien, también la cultura es lugar de dominación; el sistema dominante es incluso perfectamente capaz de utilizar la cultura tradicional para asegurar y perpetuar su dominación. Y la propia modernidad, sea que se la adore sea que se la odie, no ha dejado indemne a prácticamente ninguna sociedad; todas han sido mancilladas de una manera u otra por la publicidad Coca-Cola, la potencia de fuego del FAL, los manuales escolares de alfabetización o la extensión de la economía de mercado.

“La expansión del mundo occidental, por su carácter estructural y dominador, incluso agresivo, no es una cuestión de elección. Se impone y, objetivamente, tiende a plazo fijo a barrer el modo de vida ‘tradicional’, modo de vida que no existe ya por otro lado en su articulación global” (12).

¿Se puede corregir esta evolución? ¿Hay que hacerlo?

“El peligro es el ‘culturalismo’: adherencia a unas figuras del hombre, de la persona, de la sociedad, consideradas como adorables por el solo hecho de que existen, como si la existencia de más valor fuera precisamente la más fija. Se permite mirar, pero prohibido tocar, porque, mientras menos se mueva, más bonito resulta... Ahora bien, todas nuestras sociedades están en movimiento, chocando unas contra otras, desequilibradas, sin que se sepa si este desequilibrio es para hacerlas caer o para crearlas de nuevo” (13).

Lo esencial no debería ser, por tanto, el rechazo del movimiento, sino la capacidad de control de este movimiento por las propias sociedades afectadas. Promover esta capacidad es algo que debe hacerse, según algunos, dejando

(11) El autor hace un juego de palabras con el término francés: “développe-menteurs”. Nota del traductor.

(12) KI-ZERBO, J. (1992), op. cit., p. 4.

(13) DE MONTVALON, R. (1991), op. cit.

jugar al “cambio social inherente a toda comunidad humana y que en ella se desenvuelve de forma continuada”; para otros, se debería llevar a cabo mediante

“una intervención directa y deliberada, gracias a los instrumentos de la política y de la planificación, con el fin de suscitar un cambio hacia el fin o los fines deseados... En otras palabras, se trata de una estrategia social” (14).

#### “Cada uno para sí”

Tercera pista abierta: la de la **autonomía individual**. Es el triunfo del liberalismo expresado a niveles muy diferentes. El teólogo Michael Novak constata ante todo que:

“...cada uno de nosotros está hecho a la imagen de Dios; es decir que cada uno de nosotros es capaz de reflexionar y de elegir”, para concluir en seguida que “la llave del futuro de América Latina sólo se encuentra en un sector: el crecimiento acelerado de la pequeña empresa” (15).

Más cerca de nosotros, los trabajos de Guy Sorman, por ejemplo, manifiestan la misma inspiración. Novak retoma la tesis del peruano Hernando de Soto en “El otro sendero”; para él el Estado debe abstenerse de toda intervención en la economía que pueda limitar la voluntad de empresa de los pobres. Que cada pobre se transforme en un pequeño empresario y el desarrollo resultará de una simple suma: la suma de los intereses individuales dará como resultado el interés general.

Esta concepción conduce evidentemente a un callejón sin salida sobre las desigualdades profundas ocultas detrás de la noción de liberalismo, olvidando sin duda que la libertad de mercado, una vez experimentada, hace a los ricos más ricos, y a los pobres más pobres. Y, sin embargo, no deja por ello de inspirar a

---

(14) Prof. KULKARNI (1993), “Le concept de développement social”, en *Voix du Tiers Monde-Inde*, Entraide et Fraternité, Bruselas.

(15) NOVAK, M. (1988), “Développement économique à la base”, *Journal de Développement économique*, septiembre.

gran número de decisores: *“La prosperidad de nuestro continente depende del comercio, no de la ayuda”* declaraba George Bush al lanzar su iniciativa para las Américas, vasto mercado continental. También las ONGD se contagian de esta idea, aunque sea parcial e indirectamente: así, por ejemplo, las que se orientan hacia la financiación, mediante préstamos o inversiones, de iniciativas productivas en el sector llamado “economía informal”. Por un lado, contribuyen a crear empleos y renta para y por aquellos que nunca podrían obtener créditos bancarios, por falta de garantías. Pero, por otro lado, al constituir un fondo de garantía o un fondo para garantizar los reembolsos a los bancos en caso de insolvencia del prestatario, estas ONGD permiten también a las instituciones financieras abrirse, sin riesgo, a un nuevo sector del mercado. Sin pretender aquí zanjar la cuestión, es legítimo plantearse la pregunta sobre la oportunidad, para una ONGD, de transformarse en agente de funcionamiento del sistema de economía de mercado, en vez de ser factor de transformación de este mismo sistema. Integrar a una parte de la población en un sistema económico excluyente no viene a ser otra cosa que afianzar este sistema, en particular a los ojos de los excluidos, contribuyendo a extender la ilusión de que todos van a poder acceder a él. Al fin y al cabo, no es más que una variante de la teoría del retraso-modernización.

En todo caso, el hecho de intervenir en provecho de grupos de producción, y no de individuos, constituye un correctivo importante, pero no suficiente.

### Cambio social

La apuesta por la sociedad civil constituye la cuarta respuesta. Su origen es múltiple y procede a la vez de la constatación empírica, de la investigación y de una serie de convicciones: incapacidad de la economía de mercado de evitar la pauperización, conflicto de intereses entre élites dirigentes y capas populares, postura de principio sobre el derecho y la capacidad de cada uno de ser actor de su propio futuro, desconfianza hacia las políticas de desarrollo realizadas para el pueblo pero sin el pueblo, constatación del fracaso de numerosos proyectos en los que los “beneficiarios” no eran sino simples ejecutores... Los trabajos de Alain Touraine y otros, que insisten en el “retorno al actor”, dan estructura a esta concepción que percibe al desarrollo como cambio social. Se trata de un proceso, y no tanto de una situación estable que hay que alcanzar. El objetivo

prioritario no es llegar a un cierto nivel de renta, sino el aumento de la capacidad de acción de la sociedad sobre sí misma. Una capacidad de acción enfocada a promover -y esto es indispensable- una mejora de las condiciones materiales de vida y de favorecer la participación democrática.

Así comprendido, el desarrollo es, para muchos, integral y endógeno. Integral:

“Sería, pues, un verdadero desarrollo la evolución de un país que fuera capaz de unir entre sí los progresos económicos, sociales, culturales, morales, reforzándolos en su mutua relación. Desde este punto de vista, todos los países considerados como desarrollados están también en vías de desarrollo” (16).

Endógeno:

“En efecto, el desarrollo, escribe también Ki-Zerbo, es un paso ‘de sí a sí mismo’ a un nivel superior, en unas relaciones de suma positiva con los demás. Esta transición, por supuesto, es imposible sin un mínimo de potencia material” (17).

O, dicho de otra manera:

“De una manera general, entendemos por desarrollo de un pueblo el proceso complejo y continuo de transformación durable de las estructuras políticas, administrativas, jurídicas, económicas, sociales, de la cultura, de las estructuras mentales y de las consecuentes visiones del mundo, de las relaciones interpersonales e intergrupales, de forma que vayan encontrándose cada vez más liberadas del espíritu de dominación y más marcadas por el espíritu de respeto mutuo, de igualdad, de justicia para todos, de interdependencia y de cooperación. Mediante este proceso, dicho pueblo accede a un estado perfectible en el cual, contando con recursos humanos que dominan los conocimientos científicos y tecnoló-

(16) LENOIR, R. (1989), “La notion de développement”, en *Foi et Développement*, nº 175-176, agosto-septiembre, p. 8.

(17) Op. cit., p. 56.

gicos avanzados, y con recursos materiales y financieros acumulados, racionalmente gestionados y equitativamente repartidos, llega a hacer posible que un número cada vez mayor de sus miembros satisfaga mejor que en el pasado sus necesidades materiales, intelectuales, culturales y morales, viviendo en un medio más digno de los seres humanos, y gozando de una mejor calidad de vida” (18).

Que el lector nos perdone esta larga cita; tiene la ventaja de emanar de un antropólogo del Zaire, por otro lado poco sospechoso de occidentalista. En efecto, el mismo autor estima que

“...el desarrollo endógeno (...) es el lote de los pueblos que apuestan primero y ante todo por el trabajo asiduo e ingenioso, que extraen su seguridad de sí mismos, que están seguros de su escala de valores, seguros de su sistema de pensamiento, seguros de sus opciones fundamentales, en armonía con el propio pasado y, por tanto, profundamente enraizados o arraigados en su cultura y perfectamente cómodos en el diálogo permanente y enriquecedor con los demás pueblos” (19).

En resumen, por lo que nos concierne, nosotros diremos que, partiendo de la constatación de la injusticia y de la desigualdad existentes en las relaciones sociales, el desarrollo es un proceso por el cual los miembros de una sociedad adquieren un control creciente sobre el funcionamiento de esta sociedad, y sobre sus relaciones con su entorno humano y natural. Porque

“...un pueblo pobre se debate inútilmente para salir del subdesarrollo si no tiene el dominio completo de su cultura, de la educación de sus hijos, de la información de sus poblaciones, de la definición de sus prioridades espirituales” (20).

---

(18) Mpasi a Tezo LUBAKI, “Renaissance culturelle et développement endogène”, en *La natte des autres*, p. 74.

(19) Ibid. p. 76.

(20) LINIGER-GOUMAZ, M. (1992), *La démocrature*, Ed: L'Harmattan, p. 249.

“El desarrollo ocurre”/”Sucedede que uno se desarrolla”...

Según este punto de vista, nadie ha inventado el desarrollo: hay desarrollo porque hay evolución de una sociedad. No se trata, por tanto, de imponer una noción de progreso a una sociedad para la cual el tiempo sería cíclico, ni de concebir a priori un marco en el que esta sociedad deba inscribirse, sino de constatar una evolución. Ninguna sociedad, nunca y en ningún sitio, ha sido estática. La cuestión, por tanto, está en saber si la evolución de los acontecimientos va en el sentido descrito más arriba, en cuyo caso se le llamará desarrollo; o en el sentido contrario, hacia una pérdida de control por los miembros de una sociedad sobre su propio futuro, lo que entonces deberá ser calificado como subdesarrollo. Por tanto, nada impide que un país del Norte o del Sur esté eventualmente en vías de subdesarrollo; ni tampoco que conozca períodos de avance, y luego de retroceso. En este ámbito, nada es lineal.

El actor privilegiado de este desarrollo es el mundo asociativo, la población organizada en diversas formas de asociación encaminadas a las solidaridades colectivas. El medio ya no es tomar el poder del Estado, ni sumar microproyectos, sino abrir un espacio reconocido por la clase dirigente en el que la sociedad sea capaz de actuar sobre sí misma para transformarse (y no los dirigentes en nombre de la sociedad). Como dice Joseph Ki-Zerbo: *“No se desarrolla a alguien; uno se desarrolla”*.

Por último, la condición: una organización social coherente y autónoma que haga realidad la convicción de Axelle Kabou: *“Todo pueblo es responsable, en primer y último análisis, de su propia historia”*.

El proyecto de desarrollo no es, por tanto, sino una acción puntual, pero puede convertirse en una etapa de un:

“proceso, con frecuencia lento y siempre largo, de promoción humana, de formación, de concientización. Hay que hacer tomar conciencia a las personas y a los grupos afectados de las dificultades, más aún, de las injusticias de las que son víctimas y, a partir de realizaciones concretas, de las capacidades que estas personas y estos grupos tienen para resolver, en todo o en parte, los problemas concretos que les atañen” (21).

(21) ENTRAIDE ET FRATERNITÉ (1993), *La démocratisation en Afrique. Contraintes et*

Todo eso no se lleva a cabo sin resistencias: la concientización implica un proceso de toma de conciencia por parte de la población de las causas de la situación de pobreza y de exclusión en que vive, de la que, al comienzo, sólo tiene una percepción intuitiva. Entre estas causas están los intereses divergentes de sectores sociales diferentes y los conflictos que resultan de ello. La concientización supone también, como respuesta, el descubrimiento de lo que la población organizada puede transformar y cómo. Los conflictos, por ejemplo los que existen entre grandes propietarios agrarios y el movimiento campesino, forman parte de este panorama. Se trata de relaciones de fuerza que de alguna manera marcan el ritmo del proceso, impidiéndole ser lineal. Nunca puede garantizarse que el resultado de un proceso humano sea feliz, y esta incertidumbre no le hace mucha gracia a las ONGD que preferirían tener la seguridad del buen resultado de sus esfuerzos...

Pero, en este campo ¿a qué puede considerarse éxito y a qué fracaso? En efecto, este proceso de cambio social no es solamente un medio; en sí mismo es un objetivo. La asunción de la responsabilidad por la propia población organizada es por sí misma un elemento constitutivo del desarrollo. Como dice de nuevo Ki-Zerbo:

“La participación es al mismo tiempo un medio y un fin. La necesidad de participar es una exigencia vital y existencial esencial. Pero, al mismo tiempo, la participación es un medio único de formación recíproca y una mayéutica permanente del saber concreto y colectivo” (22).

El fracaso de un proyecto, si es correctamente evaluado, puede así transformarse en éxito en el proceso mismo de la concientización.

**Y sin embargo, la cosa funciona...**

Esta concepción del desarrollo a partir de la sociedad civil suscita algunas

---

*conditions*, Bruselas, p. 29.

(22) KI-ZERBO, J. (1992), op. cit. p. 58; véase también DEBUYST, F. (1987), “Projets alternatifs, démocratie et développement” en *Projets alternatifs et démocratie*, CIACO, Louvain la Neuve.

reservas. Considerado a veces como una moda, como un vago movimiento artístico, como una dulce ilusión o como el último recurso de un sector que está desconcertado, sin brújula. Se trata también de una corriente poco asimilable por los espíritus formados en el marxismo clásico. Sus defensores suelen argüir diciendo que se trata de la única vía que aún no ha dado muestras de fracaso, la única también, y sobre todo, que se fía de las capacidades de los individuos en beneficio de un objetivo colectivo.

Un cierto número de evoluciones, espectaculares o no, que algunas regiones del Tercer Mundo han conocido estos últimos años, se deben -al menos parcialmente- a la emergencia de la sociedad civil organizada: caída de los dictadores en Haití y en Filipinas, democratización en el Zaire o en Brasil, protección de los pescadores artesanales en Kerala (India), pacificación de El Salvador... Sin contar las innumerables formas de organización local que no pasan necesariamente por modificaciones en la cúspide del Estado. Algunas regiones de Africa viven una especie de autarquía, debido a la vez a la desorganización de los circuitos políticos y económicos de carácter público y a la aparición de un tejido social local, por abajo, que se transforma en organización política y económica. Es también lo que ocurre en ciertos departamentos de población india de Guatemala y en los pueblos jóvenes (suburbios) de Lima.

Como afirma Achille Mbembe:

“Bajo formas inéditas, un verdadero poder social se está reafirmando, mientras que la ‘sociedad civil’ toma poco a poco forma y se institucionaliza, a veces al margen del campo estatal propiamente dicho o fuera de la tutela de las burocracias postcoloniales; en todo caso, siguiendo unos modos muy heterogéneos” (23).

En efecto, sería un error esperar que este proceso dé sistemáticamente lugar a cambios de gobierno o de políticas nacionales. Este tipo de desarrollo se pone en marcha creando a nivel local, regional y después quizás nacional, otras formas de vivir en sociedad. Pero la última etapa no es indispensable, a fortiori allá donde el Estado esté muy alejado del ciudadano.

Moda o no, esta imagen del desarrollo como cambio social se va abriendo

(23) MBEMBE, A. (1992), en *Le Monde Diplomatique*, enero, p. 24.

camino cada vez más, tanto en la bibliografía como en la práctica de algunas ONGD a las que por cierto obliga a ponerse seriamente en cuestión.

Según Ki-Zerbo:

“Es preciso, por tanto, que la sociedad civil africana no sea sólo consumidora de bienes, de servicios y de ideas, sino que tome la delantera de la investigación sobre sí misma”.

Una investigación que habrá de realizarse de la misma manera que se aprende a caminar: caminando. Porque es preciso ante todo producir para vivir y para comprar, ocupando los espacios disponibles. La economía llamada popular, antes de ser búsqueda de alternativa, es necesidad de supervivencia.

Los errores o las ambiciones personales de ciertos dirigentes de esta sociedad civil no bastan para desacreditar su concepto: simplemente confirman que ningún proceso humano está libre de dificultades. Por nuestra parte, esta concepción tomó fuerza en nosotros gracias en buena parte a los contactos con Ignacio Ellacuría, el rector asesinado de la Universidad Centro-Americana de San Salvador. Lo que el Padre Ellacuría llamaba la “tercera vía” entre el gobierno y la guerrilla no era la búsqueda de un consenso entre los extremos, sino la convicción de que tenía que ser un tercer actor, la propia población organizada, quien debía provocar un desbloqueo decisivo de una guerra sin salida. Una intuición que por cierto fue confirmada: la sociedad civil salvadoreña iba a transformarse en un contrapoder decisivo, aunque sin acceder al poder institucionalizado.

### Un engaño

Preguntarse a estas alturas si la democracia debe preceder al desarrollo o a la inversa, no tiene ya mucho sentido. En nuestra concepción, no hay desarrollo sin democracia. Ni gallina sin huevo, ni huevo sin gallina...

“La democratización no será verdaderamente una realidad en Africa hasta el día en que los estómagos y las cabezas estén suficientemente llenos” (24).

(24) SILVESTRE, V. (1993), en *Demain le Monde*. (CNCD, Bruselas), 5 de febrero, p. 9.

No es éste el lugar de realizar un análisis completo del concepto de democracia. Bástenos afirmar dos ideas esenciales que se deducen de los párrafos precedentes.

En primer lugar, no hay desarrollo sin democracia. Es verdad que algunos autores, como Samuel Huntington, han defendido lo contrario (25). Según este punto de vista, la eficacia en el desarrollo supone la estabilidad, y no puede verse perturbada por la preocupación democrática y por un cuestionamiento periódico. Estos autores desarrollan su razonamiento en el marco de una concepción del desarrollo bastante estrecha, identificándolo sin más con el crecimiento económico. Según otros, la democracia no es más que una proyección de occidentales con la pretensión indebida de obtener una legitimidad universal. Según estos últimos la introducción de la idea de democratización en África es “un nuevo experimento”, es “propia de una diáspora de tecnócratas africanos”, o simplemente “un engaño”, como escribe el africanista Jean-Claude Willame (26).

Y, sin embargo, el mismo autor se preocupa muy mucho de precisar que se trata de “democratización concebida aquí en el sentido de un neoliberalismo avasallador”. O sea, una concepción reduccionista de la democracia; de hecho no existe un “traje a la medida” de democracia, ni neoliberal ni de otro tipo. En efecto, si los Estados (y los propios “filósofos del desarrollo”) se querellan entre sí acerca de si hay un modelo universal de derechos humanos y de democracia, un creciente número de voces autorizadas intenta hacerse escuchar en nombre de la distinción entre el principio y las modalidades.

A este propósito, el politólogo de Ghana, Claude Akpokavié, dice lo siguiente:

“La aspiración democrática no es monopolio de occidente. Contiene elementos universales tales como el pluralismo, la participación, la sanción del ejercicio del poder. Pero su puesta en práctica es variable, según el contexto. La democracia liberal es específica de la historia de Europa. Más aún, el mismo deseo de querer copiarla sin más en África

(25) HUNTINGTON, S. (1968), “Political Order in Changing Society”, New Haven.

(26) WILLAME, J.C. (1993), “Allez et démocratisez toutes les nations”, *La Revue Nouvelle*, enero-febrero.

es precisamente lo que ha facilitado la emergencia de las dictaduras... Invocar especificidades africanas no da derecho a negar la exigencia de la democracia. No hay sitio para una visión romántica del pasado" (27).

No conviene ni idealizar, ni sobreestimar la tradición. En efecto, por una parte:

"...aunque no hubo un sistema de elecciones en el Africa precolonial, los consejeros y los jefes eran elegidos, había una tradición política de consenso" (28).

Y, por otro lado:

"...la mayor parte de las sociedades africanas eran sociedades deliberativas, pero en un contexto de fuertes jerarquías sociales. Allí el poder era ejercido con frecuencia mediante el recurso a la violencia y al mundo invisible" (29).

### El hombre nuevo

"Ciertamente, los elementos formales de las democracias instituidas en los países del Norte no pueden ser transferidos de forma que lleguen a funcionar como en los países de origen (...) Por el contrario, los principios constitutivos de la democracia (libertad, justicia social, participación, dignidad humana...) son ideas que han figurado en la experiencia histórica de todos los pueblos, bajo formas muy variadas" (30).

No tienen razón los dirigentes políticos de los países del Sur cuando pretenden que la aspiración democrática es una invención colonial. Max Liniger-Goumaz precisa un poco más, citando como "grandes principios de la

(27) Así se expresaba en un coloquio que tuvo lugar en el Parlamento europeo, el 10 de mayo de 1993, sobre el tema "Democracia y desarrollo en Africa".

(28) LINIGER-GOUMAZ, M. (1992), op. cit., p. 80.

(29) MBEMBE, A. (1993), ibid., 10 de mayo.

(30) KI-ZERBO, J. (1992), op. cit. p. 58.

democracia” la consulta y la responsabilidad de la población, la protección de los derechos fundamentales del hombre, la participación popular y la alternancia del poder (31).

Segunda idea-fuerza: no hay democracia sin desarrollo. Por una parte, porque

“...un cierto nivel de desarrollo económico es necesario para reducir las desigualdades generadoras de tensiones sociales o de resignación (...) y permitir la alternancia ‘suave’ en el ejercicio del poder” (32).

Por otro lado, porque el ejercicio de la democracia supone fundamentalmente en el ciudadano un mínimo de condiciones materiales (33).

Y todo ello, sin mencionar las condiciones culturales, que aquí sólo mencionaremos con prudencia, dado que este tipo de condiciones obliga a pensar con fuerza en la emergencia de ese “hombre nuevo” invocado en vano por tantos regímenes socialistas:

“...las sociedades democráticas exigen por parte del ciudadano que ya es soberano un control de sí mismo que no es necesario en los sistemas en donde uno manda y los demás obedecen. Se trata de encaminarse cada vez más hacia un dominio de sí mismo que representa lo que Norbert Elias llama ‘el proceso de civilización’ (...) Por ser la forma más avanzada de civilización, la democracia exige un esfuerzo más importante sobre sí mismo” (34).

Habiéndolo definido de esta forma, y después de distinguirlo de la modernización y de la occidentalización, nosotros ya no tenemos escrúpulos en continuar utilizando el término **desarrollo**. En su expresión francesa, desarrollar (“développer”), etimológicamente, significaba quitar lo que envuelve, desfundar un objeto de aquello que le aprisiona, como recuerda Jean-Claude Willame (35).

(31) LINIGER-GOUMAZ, M. (1992), op. cit., p. 80.

(32) ENTRAIDE ET FRATERNITÉ (1993), op. cit., p. 21.

(33) LINARD, A. (1989), “Amérique Latine: régimes civils et liberté surveillée”, *La Revue Nouvelle*, enero.

(34) LINIGER-GOUMAZ, M. (1992), op. cit., p.282.

(35) En “Quand j’entends le mot développement”, *La Revue Nouvelle*, setiembre 1993, p. 7.

“A pesar de la crisis del concepto de desarrollo en occidente y en los círculos ‘tercermundistas’ del bloque cultural euro-americano, este concepto sigue siendo actual y pertinente para la elaboración de un discurso y de una práctica eficaz en Africa. Hoy ya se han abandonado las falsas pistas que llevaban a la confusión entre crecimiento y desarrollo” (36).

El problema del rechazo de un modelo político, económico, cultural o tecnológico, impuesto desde el exterior y que recibiera el nombre de “desarrollo” pierde entonces su virulencia: en la medida en que una sociedad adquiere el dominio de sí misma y de su propio futuro, le corresponde determinar su modo de organización por la práctica, no por la elección de un modelo, ya sea éste impuesto desde el exterior, ya sea que se elabore de acuerdo con las circunstancias locales.

Como constata Robert de Montvalon:

“...el desarrollo no está de moda, esto es algo que se siente. ¿Se trata quizás de un conformismo que sustituye a otro conformismo?... El desarrollo no ha fracasado. Son los ‘desarrolladores’ los que todavía no acaban de captar lo que está en juego en el desarrollo... El desarrollo sigue siendo una formidable utopía” (37).

Utopía, en el sentido de ideal a conseguir sin que nunca se llegue plenamente a alcanzar.

---

(36) KIPRE, P., “Sciences humaines, sciences naturelles et développement endogène”, en *La natte des autres*, op. cit., p. 300.

(37) DE MONTVALON, R. (1991), op. cit.